207

FORMACIÓN PERMANENTE. UN ACERCAMIENTO DESDE LAS CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN*

DOI: https://doi.org/10.52039/seminarios.v53i184.604

Autor: José Félix García Benavente. Es sacerdote mejicano de la Diócesis de Torreón. Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación. Director del Departamento de Difusión Cultural de la UPM.

No podemos continuar el ministerio sólo con la formación recibida en el Seminario. Necesitamos estar a punto constante en los diversos ámbitos de nuestra relación. No basta con cambiar el registro del lenguaje, sino también las actitudes. Conviene acertar en la temática de la formación permanente.

Palabras clave: Formación permanente, Vida presbiteral, Comunión, Acompañamiento.

Presentamos una serie de consideraciones que nos ayuden a valorar la importancia del tema y a señalar algunos elementos que permitan abordar adecuadamente esta realidad desde las diversas ciencias humanas que son conexas a está punto de interés y atentos a los diversos sectores interesados en la formación permanente de los agentes consagrados de la pastoral, en este caso particular, los presbíteros.

208

Orígenes de la preocupación por el tema

1. La constatación de la insuficiente formación inicial

Hoy en los diversos campos de la formación, sobre todo en el universitario, en la formación para el trabajo y la formación por competencias, es evidente que no basta un primer periodo de formación para responder a las diversas situaciones que el campo profesional presenta. Sin embargo, tenemos que admitir que por mucho tiempo un buen número de sacerdotes se han contentado con lo que aprendieron en el seminario y se han limitado, en el mejor de los casos, con ciertos cursos o lecturas ocasionales, pero de una calidad deficiente, poco sistemática y superficial. No se puede negar que mucho de esto obedece a la gran carga de trabajo pastoral que deben atender y que les deja poco tiempo para atender no sólo el aspecto intelectual, sino incluso para, prestar atención a otras áreas de su persona.

La carga pastoral que se argumenta como causa para el poco tiempo que se le dedica a la formación permanente constituye un circulo vicioso, pues la actividad pastoral se empobrece con sujetos humanamente empobrecidos ante la falta de procesos formativos constantes que dinamicen todas las áreas de la vida personal.

El conocimiento también se hace viejo y la curva del olvido nos juega malas pasadas, pues el conocimiento que no se aplica en nuevas situaciones o se integra a nuevos saberes va poco a poco perdiendo su significatividad de tal suerte que al paso del tiempo nos estamos repitiendo a nosotros mismos o fórmulas esquematizadas que se plasman como una segunda naturaleza en la predicación¹.

2. La no continuidad de la formación entre otras razones por la falta de procesos formativos sacerdotales

Para muchos la formación permanente se ha reducido a la formación intelectual, haciéndola consistir sobre todo en cursos o semanas anuales de determinados temas, en cursos de verano tomados discrecionalmente por los sacerdotes o en otros casos a semanas de ejercicios, retiros men-

MINARIOS AÑO 2007 nº

¹ Cf. Díaz-Barriga Arceo Frida – Hernández Rojas Gerardo, *Estrategias docentes para un aprendizaje significativo. Una interpretación constructivista*, McGraw-Hill, México, 2005².

suales o aquellos que proporcionan ciertos movimientos en donde hay programas para sacerdotes.

La falta de una visión integral de lo que se entiende por formación permanente ha hecho que se tenga una concepción reductiva y que se considere sólo como una actividad intelectual, ocasional y no sistemática.

La formación permanente se dirige a toda la persona del sacerdote, no sólo al campo de los saberes, sino que debe atender, al menos, la clásica concepción de los otros tres saberes: el saber ser (esta iría en el orden del talante y mística sacerdotal, su identidad), el saber hacer (en orden a las habilidades, herramientas y competencias para la vivencia integral del sacerdocio y no sólo en lo referente a la organización pastoral) y el saber estar junto con los demás (que se ordena no sólo al aspecto de la autoridad administrativa y de la conducción de la comunidad, sino que se extiende a realidades tan básicas como la relación con el obispo y los demás sacerdotes, el desarrollo de un ambiente fraternal basado en la tarea confiada en común y en el marco espacio de la relación con las demás personas)².

Se advierte por otra parte, cómo muchos seminarios actualmente están revisando programas académicos y diseñando diversos itinerarios formativos, por desgracia esta gran actividad que se observa en estos niveles de la formación inicial no se evidencian en lo referente a la vida y misión de los presbíteros.

Es de reconocer las diversas experiencias que se están implementando en el año inmediato a la culminación de los estudios filosófico-teológicos con el fin de integrar al joven seminarista a un estilo de vida sacerdotal concreto. Pero y la vivencia de ministerio que puede durar hasta por décadas cómo se va actualizando. ¿Qué hacemos para los años de la vida ministerial para formar a los sacerdotes?

En este nivel una experiencia iluminadora es la que realizan gran número de comunidades religiosas femeninas que cuentan con momentos específicos para la reactualización en el campo académico de sus integrantes, algunas han desarrollado cada 5 ó 10 años experiencias de encuentro, oración y discernimiento personal, independientes del cargo o trabajo realizado. Otras comunidades al discernir sobre la pertinencia de sus apostolados y carismas han tenido que realizar verdaderos procesos de

² Cf. Delors Jacques (ed.) La educación encierra un tesoro, Santillana-UNESCO, Madrid, 1996, 96-106.

"conversión" institucional y personal para estar al día ante los restos que se les presenta. De estas experiencias habrán de aprender los sacerdotes. No olvidemos que las comunidades religiosas que no han logrado esta puesta al día son las que más sufren la falta de integrantes y sus apostolados se han vuelto poco significativos.

Es evidente que en la gran mayoría de las comunidades locales no existen verdaderos itinerarios formativos para los sacerdotes. Algunas experiencias incipientes cuentan con gran rechazo al ser presentadas como obligatorias, ante la poca disponibilidad de los presbiterios. Se cumple asistiendo pero se involucran pocos participantes. En algunos hay un espíritu de ir para que los vea el obispo³.

3. La "secularización" de los estilos de vida sacerdotales.

El asumir estilos "laicales" para la vivencia del sacerdocio ha generado verdaderas confusiones que crean cierta ambigüedad en la identidad sacerdotal. No se trata de crear "clérigos" químicamente puros, ni tampoco laicos que ocasionalmente desempeñan funciones sacerdotales. Se trata de crear espacios que favorecen la vivencia del sacerdocio ministerial al servicio de los demás.

Ante la búsqueda sincera de algunos presbíteros se asumen espiritualidades o proceso formativos procedentes de movimientos o asociaciones laicales, pero no se logran desarrollar verdaderas experiencias comunitarias para los sacerdotes. Si hace años se adaptaba la espiritualidad sacerdotal para los laicos, hoy se observa cómo muchos sacerdotes adoptan espiritualidades laicales a su ministerio, ante la falta de espacios adecuados para su propia realidad e identidad.

4. La presentación de situaciones inéditas para las cuales no han sido formados los sacerdotes

Es evidente que muchos de los lenguajes usados por los presbíteros se han quedado en el pasado. Se sigue intentando dar respuesta a preguntas que no son significativas y ante las interrogantes acuciantes del hombre de hoy se ensayan respuestas, de buena fe, pero ininteligibles para el auditorio.

³ Cf. Martini Carlo Maria, Itinerari Educativi, *Centro Ambrosiano di Documentazione e Studi religiosi*, Milano, 1988.

Algunos presbíteros hablan de globalización e incluso utilizan las nuevas tecnologías de la información y la comunicación pero no comprenden su lógica, ni sus ritmos ni mucho menos han asimilado mental y vitalmente sus lenguajes.

En el campo del trabajo, aun de aquellos procesos más sencillos, el mundo global pide nuevas habilidades y competencias, los presbíteros siguen ensayando respuestas que funcionaron en el pasado, pues fueron las que aprendieron en el seminario, hace ya 5, 10 ó 30 años, sin advertir que el mundo cambió. Esto genera frustración y una animadversión ante los cambios sociales pues el sacerdote se siente relegado, ajeno a un mundo en el que va perdiendo poco a poco "autoridad" y "estima". La pregunta es, ¿el mundo globalizado se ha alejado de los hombres de iglesia, o los hombres de iglesia se han alejado del mundo global y se han encerrado en su mundo local?

5. Un mundo cambiante que no espera los tiempos o ritmos "eclesialesinstitucionales"

La velocidad con la que suceden los acontecimientos satura de informaciones que no se alcanzan a digerir, por otra parte la generación de documentos, circulares, boletines y diversas modalidades, ordinariamente escritas⁴ no siempre se logran interpretar o al menos conocer. De aquí surge otra interrogante: ¿Si no alcanzamos a leer lo que se nos dice sobre la realidad, alcanzaremos a leer lo que nos dice la realidad?

La generación de nuevas modalidades de comunicación nos hablan de la complejidad de la realidad, un hecho no logra ser comunicado por un sólo lenguaje, de aquí que se acuda al uso de una pluralidad de lenguajes. Sin embargo, los sacerdotes siguen utilizando tan sólo el lenguaje oral y en algunos casos el escrito. Lenguajes que son válidos, reales y útiles, pero en muchos casos poco significativos.

Si los pensamientos de los hombres muchas veces no son los pensamientos de Dios, para muchos hombres de iglesia ni siquiera los pensa-

⁴ Para muchos el don de la Palabra Divina se ha quedado reducida a la palabra impresa, olvidando la dinámica comunicativa de Dios que asume diversos lenguajes, expresiones, formas y contextos. Si bien la Palabra Escrita es referencia fundamental para los presbíteros no podemos olvidar cómo el lenguaje escrito es trascendido por el fenómeno comunicativo integral. Se advierte por otra parte que el sacerdote "experto de la palabra" desconoce los nuevos lenguajes y formas comunicativas.

mientos de sus hermanos los hombres son sus pensamientos, es decir, se vive en una cierta atmósfera de tranquilidad ajena a las verdaderas angustias y esperanzas de las personas.

Muchas de las acciones pastorales llegan tarde a las realidades angustiantes de las personas. Basta pensar en el fenómeno de industrialización global, expresado en las "maquiladoras", para las cuales se generaron algunas experiencias pastorales limitadas a celebraciones eucarísticas mensuales en las empresas, pero sin desencadenar verdaderos procesos de acompañamiento del mundo laboral. Hoy muchas de estas empresas ya no están en nuestro país sino que se han trasladado a Centroamérica. Su existencia no pudo ser acompañada pastoralmente.

Nuestros ritmos eclesiales se van moviendo con la lentitud de una gran estructura que muchas veces ahoga esfuerzos generosos y no logra sacudir inercias. Cierta "prudencia" pastoral encubre cierta "pereza" pastoral ante lo inédito y el compromiso.

6. Realidades dolorosas de vivencias inadecuadas del ministerio

Para muchos la formación permanente es vista como el "remedio" o la "medicina" ante un mal presente. Se olvida que la formación permanente es algo propio y necesario a la naturaleza misma de las personas y de la vivencia concreta del don sacramental.

La vivencia adecuada del sacerdocio exige experiencias formativas a lo largo de la vida de las personas, no únicamente para remediar males, sino para que la persona se desarrolle y crezca de tal manera que su misma vivencia evite dichas situaciones. Se trata de ir más allá del principio preventivo. No se busca prevenir situaciones futuras, sino potenciar de tal manera la vivencia presente que se logre un continuo crecimiento aún en el futuro inmediato y próximo.

La formación permanente no puede ser vista como una "tablita de salvación", sino como una etapa más, ordinaria, progresiva, sistemática y continua en la vida de los hombres de iglesia.

La vivencia limitada del ministerio pide a todos los actores eclesiales una actitud de caridad, que no significa encubrimiento ni silencio de complicidad. Todo lo contrario, exige el reconocimiento de la realidad humana que sucumbe ante la limitación, pero que se abre a la posibilidad de la conversión, siempre en el marco de la caridad y la justicia que es debida a toda persona.

7. Una nueva comprensión antropológica

En ciertos ambientes parecería que se quieren resolver problemas angustiantes con la formación permanente; antes se resolvía todo con una semana de ejercicios, olvidando la propia experiencia humana de madurez y crecimiento y la realidad existencial de la vocación humana que requiere de un proceso de acompañamiento y madurez a lo largo de las diversas etapas de la vida y en cada etapa de la vida.

La antropología nos ha recordado este carácter del hombre como ser en camino, relacional y abierto a la interacción comunitaria. Si lo que angustia es la experiencia humana del sacerdote, habrá que encontrar en esa propia experiencia humana, abierta al don de la gracia, el área de oportunidad que nos permita generar procesos de madurez y crecimiento.

La formación inicial no sólo debe recordar que la formación sacerdotal no termina con el seminario, sino que debe buscarse la forma de integrarla con el todo de la vida sacerdotal que se abre al futuro. El problema radica en vender esta idea a los sacerdotes en activo. Superando una visión que identifica formación permanente con formación doctrinal. Cuando se habla de formación permanente estamos hablando de formación integral⁵.

Ensayo sobre la comprensión de la formación permanente

Entendemos la formación permanente como la vuelta en común a lo esencial del ser de modo constante y expresado en todas las dimensiones de la vida⁶. Aplicado a la vida sacerdotal la entendemos como la vuelta constante personal-comunitaria al don del ministerio y de la gracia sacerdotal recibida, en el marco de la comunidad de pertenencia en un triple sentido:

- La comunidad con el pastor de la comunidad eclesial: el Obispo.
- La comunidad de los hermanos presbíteros.
- La comunidad que se preside en la caridad.

⁵ Cf. Barrio José María, Elementos de Antropología Pedagógica, RIALP, Madrid, 1998, 39-90.

⁶ Opciones, compromisos, actitudes, hábitos comportamentales, etc., en todo aquello que expresa lo específicamente humano de la persona.

Así como la verdad no se adquiere de una vez y para siempre, el conocimiento y la autoconciencia de la realidad personal requieren un proceso de crecimiento a lo largo de toda la vida. Este itinerario implica tanto la dimensión de la autoconciencia, dimensión individual, como el del conocimiento comunitario del servicio confiado a los presbíteros.

La psicología evolutiva que por mucho tiempo había atendido al crecimiento del niño hoy nos aporta diversos elementos para las otras etapas evolutivas de la persona. En nuestros días hablamos de la psicología de la edad adulta, de la tercera edad, entre otras. La dimensión humana del sacerdote no está exenta de las crisis propias de cada edad y al mismo tiempo de los enormes recursos de crecimiento que cada edad de la vida proporciona.

Se hace necesaria una profunda autocrítica entre muchos presbíteros para reconocer que la experiencia humana que condiciona la vivencia del ministerio, pero que al mismo tiempo le sirve de base, no ha sido atendida suficientemente, y en muchos casos se ha visto como algo propio de los jóvenes sacerdotes y no de aquellos que ya son "maduros".

La formación permanente del clero es el espacio adecuado para rescatar una dimensión fundamental: el ministerio sacerdotal se vive de modo fecundo y creativo en el marco de la comunidad eclesial y en el trato directo con las personas de carne y hueso.

Espacios

1. La comunidad sacerdotal en sí misma considerada

El marco adecuado para el crecimiento de las personas es el espacio natural en el que se desarrolla, de tal manera que los diversos elementos que se le proporcionan puedan ser integrados significativamente a las experiencias y conocimientos que ya posee y que le permitan ensayar respuestas nuevas a situaciones inéditas.

La vida de los presbíteros crece, se desarrolla, se hace fecunda o muere entre los mismo colegas sacerdotes. Es en el conjunto de redes comunicativas y relacionales en donde el presbítero encuentra el primer soporte de su experiencia humana. La formación inicial tendrá que ofrecer una base humana existencial y no teórica sobre lo que significa la "fraternidad sacerdotal" que se construye teniendo como base la realidad antropológica.

Los diversos presbiterios son verdaderos "laboratorios de humanidad y fe", en los que se pone de manifiesto una serie de situaciones abiertas, pero también un conjunto de expresiones latentes y problemas encubiertos que no se logran integrar en relaciones sanas y explícitas. Se generan lenguajes no verbales que marginan y marcan espacios reducidos para unos cuantos.

En este campo juega un papel determinante los modos, formas y lenguajes con los que los presbíteros se relacionan con los diversos niveles de autoridad, pero fundamentalmente con el Obispo. Muchos supuestos y equívocos marcan, de ordinario, las relaciones entre las situaciones de autoridad y las personas que la encarnan. La cercanía de las personas y los modos de relacionarse constituyen un elemento fundamental.

Es la vida de los presbíteros y las relaciones que de ella brotan el espacio privilegiado y primigenio para la formación permanente, ellos son los primeros destinatarios y agentes de su propia formación. Es vuelta a lo fundamental para vivir en el aquí y ahora, atendiendo a la realidad, el ministerio sacerdotal en el marco de relaciones fecundas. Es en la vida de la comunidad presbiteral-obispo donde se acrecienta o se limita la formación permanente. Formación al diálogo, al perdón, al encuentro y a la comunicación de dones y bienes⁷.

2. Las relaciones intraeclesiales: Estilos pastorales de relación y comunicación a todos los niveles eclesiales.

La formación permanente es formación para la comunicación en sus más diversas expresiones. Comunicación con la trascendencia, con los hermanos, con quien tiene el ministerio de la conducción, con las personas a quienes se debe servir, en una palabra comunicación para el servicio, la entrega y la donación.

El tejido eclesial constituye el horizonte de la realización del presbítero, dicho espacio está marcado por diversas redes y puentes comunicativos, pero sobre todo por diversos estilos, los cuales no siempre responden a un mínimo de convivencia armónica, sino que están marcados por el autoritarismo o por el aislamiento sistemático.

⁷ Cf. Mariani Vittore, *Pedagogia della vita comunitaria*, Editrice AVE, 2001, 49-88.

3. La vida de fe

El sacerdote se va construyendo en el marco del encuentro personal con quien constituye su punto de referencia a nivel existencial, Cristo, como modelo de entrega y servicio a los demás. Si esta referencia existencial está desdibujada fácilmente pueden darse distorsiones en los modelos de referencia o falsas concepciones que justifiquen vivencias inadecuadas de la base antropológica, no digamos ya ministerial.

La oración personal, la vida sacramental y principalmente la Eucaristía son los espacios fundamentales para la experiencia humana del encuentro con Aquel que constituye la referencia esencial en la vida del presbítero.

4. Los momentos de formación académica (ciencias humanas, nuevas tecnologías, desarrollo humano) y doctrinal

La resistencia a los nuevos aprendizajes es una reacción generalizada ante los desafíos que implica el cambio de respuestas repetidas con mayor o menor éxito. En ciertos ambientes presbiterales la estabilidad y la estática constituyen como una segunda naturaleza. Nada se cambia hasta ver si funciona o todo se cambia para que todo siga igual.

Los cambios obedecen a cierta ley de gradualidad y a la generación de nuevos esquemas de respuesta que faciliten la adaptación y la innovación en el desarrollo de las actividades cotidianas. No se trata de inventar por inventar o de cambios que responden más a la moda, sino de un proceso de discernimiento comunitario y personal que asegure un entramado sólido que sustente el cambio.

Para muchos, hemos señalado anteriormente, la formación permanente se reduce a lo académico, nuevos aprendizajes, o a lo doctrinal, en el campo de los contenidos teológico pastorales. Esta área habrá que seguirla impulsando, pero no se puede reducir como lo específico de la formación permanente, antes que los contenidos es el sujeto que debe crecer y madurar.

Recordemos que muchos de los problemas o vacíos en la vida de los presbíteros no son de tipo doctrinal o académico, sino existencial, relacional y humano. No se ponen en tela de juicio los fundamentos doctrinales, sino las formas de ejercer la autoridad, la manera concreta de vivir la

MINARIOS AÑO 2007 nº

relación con los demás y consigo mismo, la vivencia concreta del celibato, el cuidado de la propia persona y de la salud, entre otros⁸.

5. La relación con todo tipo de personas en el marco de la construcción de la comunidad

Si la vida del presbítero se hace fecunda en la relación con el Obispo y sus hermanos presbíteros, cobra mayor relevancia cuando se realiza en el marco de relaciones constructivas con todo tipo de personas, trascendiendo el primer circulo de amigos o de incondicionales.

Si el presbítero es el hombre al servicio de la Palabra, es también el hombre de la comunicación. No en sentido lineal o mecánico, sino de forma interaccional de tal forma que pueda comunicar a los otros no sólo lo que sabe, doctrina, o lo que hace, ordinariamente funciones sacramentales, sino desde el contenido básico de su propia persona.

Muchos de los presbíteros sufren una cierta instrumentalización, se les busca para que hagan tal o cual cosa, para que digan tal contenido, para que celebren tal rito o función cultual. Pocos son buscados por su nombre y por la empatía que se ha generado en el trato. Para algunos esta situación es un riesgo, y es evidente que la reducción del campo relacional del presbítero lo puede encerrar en sí mismo o con unas cuantas personas, esta experiencia humana puede ser también un detonante para aprender nuevas formas de relación que lo abran al común de las personas.

El laico y su vivencia, la peculiaridad del laico en el marco de la comunidad eclesial, constituye un espacio privilegiado para la formación permanente de los presbíteros. Hay una experiencia de fe común, una realidad antropológica de base como crecimiento de personas adultas y una gran riqueza profesional y humana que puede orientar y acrecentar los diversos itinerarios formativos de los presbíteros.

El aporte de laico en la comunidad eclesial no sólo debe ser asumido como un dato numérico, ellos son la mayoría, sino como un dato antropológico, comunicativo y teológico, ellos, como pueblo, son el referente originario de sus pastores. Ellos también pueden y deben ser involucrados en el desarrollo y madurez humano-afectivo-teológico-pastoral de quien ha recibido un ministerio en la comunidad.

⁸ Cf. Fermoso Estébanez Paciado, *Teoría de la educación*, Trillas, México, 2005³, 219-378.

Mediaciones

1. La comunicación con sus estilos y lenguajes

En muchos presbiterios existen ciertos estilos comunicativos. Basta una mirada, el lugar dentro de una celebración o en una reunión, la invitación a participar en tal o cual comisión, el ocupar un cierto lugar en un banquete, para reconocer inmediatamente cuál es el nivel comunicación de determinada persona con la autoridad o con los colegas.

Estos lenguajes y estilos cuando son fluidos y transparentes generan seguridad y un clima de cercanía y confianza. Cuando son artificiales y sumamente elaborados generan ambigüedades, incertidumbre y un cierto nivel de angustia al no ver con claridad cuál es el mensaje que se recibe y causa dificultad para decodificar su significado e intención.

Demasiados "supuestos" obscurecen la comunicación. Una gran cantidad de mensajes son codificados con lenguajes poco claros y por lo mismo no son fácilmente decodificables. Muchos de los problemas que se enfrentan para iniciar y continuar un proceso formativo son precisamente la poca claridad en nuestros mensajes.

Seguimos utilizando estilos lineales de comunicación que no permiten la interacción y retroalimentación en la comunicación. El párroco que supone qué cosa debe hacer su vicario, pues es obvio para él que se ha comunicado adecuadamente, el vicario que no logra interpretar adecuadamente el mensaje recibido y no interactúa para clarificar pues no quiere aparecer como menos ante el superior, etc.

Un estilo comunicativo claro y sencillo, sobre todo en el ejercicio de la autoridad y en la comunicación de cierto tipo de decisiones, permite a los actores del acto comunicativo poder no sólo comprender el mensaje, sino enriquecerlo con un aporte personal.

2. La formación y el estudio

La formación permanente requiere de un proceso sistemático de organización que involucre a todas las personas y responda a la etapa que vive cada una de ellas. Se advierte una cierta uniformidad en los itinerarios que se han generado, olvidando que las circunstancias propias de cada etapa de la vida y las de cada persona no son uniformes. Una dificultad es pen-

MINARIOS AÑO 2007

sar que se ha alcanzado la madurez y que una vez que se ha llegado a este nivel ya no hay nada que hacer, sino administrar tranquilamente la "sabiduría" que se ha logrado.

El diseño de un currículo formativo es una de las actividades más al alcance de toda comunidad presbiteral, existen ya diversos itinerarios estructurados e instituciones habilitadas para tales experiencias. El reto es generar la inquietud por generar nuevas respuestas aplicando nuevos aprendizajes. Aquí encontramos un espacio para superar la rutina y el cansancio generado en muchas personas.

Mientras que el estudio se orienta a lo académico y doctrinal, la formación se orienta a todo un conjunto de aprendizajes, habilidades, disposiciones y competencias, que permiten la respuesta a los desafíos de la realidad.

3. La toma de conciencia de sí mismo y del ministerio por medio de la confrontación personal y comunitaria con la Sagrada Escritura

Es en el silencio del propio discernimiento y de análisis de la propia experiencia en donde se asume la propia vida como propia y no como algo se que vierte y divierte hacia los otros en un sin fin de actividades programadas.

Cuando la persona toma conciencia de sí y de lo que realiza, descubre el potencial de su propia existencia y al mismo tiempo descubre el límite de sí. Para evitar una visión subjetiva que justifique enfoques particulares o una disminución de la perspectiva del valor de sí en relación con las expectativas de sí y de los otros (pérdida de autoestima), la referencia a una fuente de significado proporciona un elemento objetivo de juicio y de orientación en el proceso de discernimiento. En este sentido las Sagradas Escrituras proporcionan, desde una adecuada lectura individual y comunitaria, un elemento objetivo para el discernimiento personal y la construcción de proyectos de vida.

4. La vivencia fecunda de la Liturgia, fundamentalmente la Eucaristía

Si la entrega de sí a los otros en el servicio constituye uno de los elementos de identidad del presbítero, la Eucaristía constituye una de las fuentes de significado para la propia vida como expresión de la donación plena de Aquel que no vino a ser servido sino a servir.

Uno de los elementos que se argumentan para no participar en los diversos programados para la formación y el estudio permanente es precisamente la saturación de diversas celebraciones litúrgicas que tiene el presbítero. Aquí se observa una fuerte contradicción, pues la liturgia debería ser uno de los elementos que le permiten volver a lo fundamental de su propia experiencia permanente y sin embargo, se expresa como una de las dificultades para la formación. Esto se puede explicar por dos razones, la primera, entender que la formación permanente es sólo estudio y que no hay tiempo para el estudio por la agenda celebrativa que se tiene, y por otra parte, el no visualizar la vida expresada en la liturgia como un elemento que forma y configura al presbítero no como alguien que realiza ciertas funciones cultuales, sino como una persona puesta al servicio de los otros que celebra su propia vida y la de la comunidad a él confiada. De tal suerte la vida litúrgica no debería de ser un obstáculo para la formación sino momento privilegiado para la vuelta a lo fundamental expresado y realizado en lo que celebra.

Riesgos

1. Saber para justificarse

Muchas personas buscan aprender no para resolver sus problemas sino para buscar un elemento que les permita justificar su situación y no generar nuevos aprendizajes. Es un poco como lo que pasa con el enfermo que debe evitar ciertos alimentos y no descansa hasta encontrar un artículo u opinión que le permita justificar ante los demás que dicho alimento no es dañino.

El proceso de la formación permanente es un proceso de formación de adultos, por tanto deberá atender a la complejidad de la edad adulta, a sus necesidades, demandas, espacios de realización y a las posibilidades propias de cada uno. Es tomar al adulto como adulto y hacerlo partícipe de su proceso para crecer.

2. Superficialidad

Para muchos presbíteros que han tomado conciencia de su situación y descubren que es realmente compleja su vida y no basta realizar tal o cual actividad para cambiar, la forma en que otros presbíteros se involucran

más por el deber que por un convencimiento personal, genera un ambiente de superficialidad que desmotiva y hace que se perciba su situación de vida como algo no importante para los demás.

La superficialidad con la que se asumen ciertos problemas o la trivialidad a la que se reducen situaciones que angustian a las personas hacen que quien vive una situación crítica se sienta poco valorada o estimada por los otros quienes con una frase vacía descalifican dicha problemática.

Ciertos responsables de la formación permanente asumen este cargo por una cierta obligación, lo que hace que se improvise o se repitan esquemas que no necesariamente atienden a la problemática de las personas. El primer responsable de la formación permanente es el propio presbítero y el obispo, que no pueden esperar a que otros generen respuestas, sino que ellos mismos tienen que generar su propio itinerario de madurez y crecimiento.

3. Tecnicismo – Complejidad

Algo que expresa la naturaleza humana es su inacabamiento y la posibilidad de crecimiento que está escrito como en su propio código genético. Para muchos hay una cierta paradoja, por qué hacer tan complejo algo que de por sí es tan natural como la persona. La respuesta es sencilla, porque la persona por su propia naturaleza es compleja.

Si nos encontramos con una realidad compleja habrá que dar respuestas complejas que no se reducen a fórmulas técnicas o a manuales escritos por tal o cual autor de moda, sino al ejercicio humano de la propia madurez.

4. El cambio de lenguajes pero no de actitudes

Una actitud que está a la base de muchos fracasos pastorales es el cambio de lenguajes, pero no de actitudes. Se habla de comunión, de participación, de corresponsabilidad, de fraternidad, de puesta al día, etc., pero en el fondo se deja salir al pequeño dictador que se lleva dentro, sólo que ahora hablando tranquilamente y con serenidad, pero siempre plantando en la cara del otro un no rotundo.

Algunas de las personas que interactúan con el presbítero se sienten desconcertadas al escuchar sus homilías, pláticas, catequesis, charlas, consejos espirituales, etc., y advertir en el estilo personal del sacerdote

expresiones lejanas o incluso opuestas al consejo o prédica recibida. Parecería que se vive una esquizofrenia comunicativa. Se dice una cosa en un modo, pero se comunica otra cosa con otro lenguaje.

Esta realidad también está presente en la formación permanente, podemos aprender nuevos lenguajes, codificar nuevas expresiones, realizar análisis puntuales, pero permanecer con los mismos esquemas comportamentales.

5. La saturación del tema. Hablar mucho pero hacer poco

Existen ciertas modas entre los presbíteros, hoy, una de ellas es hablar de la formación permanente: Reconocer su importancia, recomendar su oportunidad, indicar quién debería entrar en un determinado proceso, etc. Pero al momento de comprometerse y asumir el proceso se argumenta poco tiempo y no se participa, llegando en unos casos a cierta apatía e indiferencia.

6. La superindividualización del proceso

Señalábamos que la formación permanente es una vuelta a lo fundamental de modo individual y comunitario. Una reacción ante la poca participación y compromiso de los otros es hacer un camino al margen de los demás. Aquí hay que estar atento a la tensión entre las necesidades particulares del sujeto y el marco comunitario propio de la vida del presbítero. No se trata de construir calzadas tan personales e individuales que nunca se crucen con las sendas de los otros. Hay que encontrar el equilibrio entre lo que la persona necesita y aporta a la comunidad y lo que a comunidad no puede dejar de aportar a la persona.

Un riesgo es pensar que la formación de los presbíteros es sólo cosa "exclusiva" de los presbíteros dejando de lado a la comunidad eclesial que los sufre y los padece, pero que al mismo tiempo sostiene y acompaña. Los laicos son también actores fundamentales en la formación de sus pastores.

7. Reduccionismo a una dimensión

Hay evidentemente una tendencia a reducir la formación permanente a lo académico o doctrinal. Pero existe otro doble riesgo pendular, reducir todo a sólo desarrollo humano, sin el cultivo explícito del don del ministerio recibido, o sólo "espiritualismo" ajeno a la condición humana del sujeto.

Consideraciones finales

La formación permanente es una realidad compleja, de aquí que su visualización, estructuración e implementación como itinerario de crecimiento de personas adultas con un estilo de vida determinado implica atender a la complejidad y no contentarse con simples momentos inconexos y poco sistematizados.

Es tomar la vida de los presbíteros como su nombre lo indica, ancianos, adultos y no como seminaristas viejos o gente problemática que hay que darle elementos mínimos para que maneje su complejidad y no tanto que asuma el resigo de cada etapa de su vida.

El miedo y el temor al escándalo no pueden ser las motivaciones para implementar procesos, sino el valor de la persona y de la comunidad como el horizonte de significado de dicha realidad. No se trata de negar los problemas, sino de ir al encuentro de las personas. Es visualizar que el presbítero y el obispo se deben al otro, al prójimo, y el primer otro y prójimo es el propio presbítero y obispo que esta a su lado.